

de manera original discusiones actuales de la filosofía política y de la estética en conjunción con la pregunta por la vida.

Carlos Mario Fisgativa

**Donna Haraway, *El patriarcado del osito Teddy. Taxidermia en el Jardín del Edén*, trad. Ander Gondra Aguirre, Buenos Aires, Sans Soleil, 2015, 148 pp.**

La edición en español de *El patriarcado del osito Teddy* coincide con el 30 aniversario de su publicación original en inglés en la revista estadounidense *Social Text*, entre los años 1984 y 1985. Se trata de un ensayo que luego integró *Primate Versions: Gender, Race and Nature in the World of Modern Science*, un influyente volumen que aún espera por su traducción. Con prólogo de la especialista Carmen Romero Bachiller y anexado de numerosas fotografías de archivo, este libro de Donna Haraway es un hito destacable luego de más de una década sin nuevas traducciones al español de sus textos.

La autora despliega incisivamente el papel del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York como tecnología médico-higiénica durante las primeras décadas del siglo XX. A lo largo del libro se encarga de mostrar cómo dicha institución estuvo orientada a la configuración de un relato del origen del hombre occidental que pudiera restaurar moralmente al individuo –y racialmente a la Nación– en tiempos de capitalismo monopolista e inmigración aluvional. A través del *Salón Africano* de Carl Akeley, Haraway desarrolla la función del safari en la formación de la colección del museo. La caza mayor, la organización colonial en África, el rol de la fotografía, la confección de dioramas de exposición, son elementos que trabajaron en conjunto en la constitución de una imagen inequívoca de la naturaleza entendida como unidad: imaginada como objeto puro, sin tecnología, era la cifra que permitiría preservar y recuperar la civilización. Por medio de la eugenesia, la consecuente doctrina, podría detenerse la decadencia que estaba llevando a la sociedad al suicidio racial. La taxidermia y la fotografía harían posible fijar la inmediatez de la experiencia en la selva. El museo como productor de permanencia articulaba estos dos frentes.

La primera sección, “El Salón Africano de Akeley y el Memorial Theodore Roosevelt en el Museo Americano de Historia Natural: Experiencia”, comienza por la descripción y contextualización de los dioramas del Salón Africano. Los dioramas aparecen como capítulos de la fábula de la historia natural que componen el relato del Museo. Asimismo son esquemas de producción social, en los que jefe, cazador, fotógrafo, artista, taxidermista y científico coinciden en una persona –en este caso, Akeley– y articulan un modo

de organización racial y genéricamente jerarquizado que implica la coordinación de cientos de personas.

En la segunda sección, “Carl E. Akeley (1864-1926), la pistola, la cámara y la búsqueda de la verdad: biografía”, se explora la vida de Akeley, uno de los principales promotores del Museo. Su particular empresa fue escribir, a través del Museo, una biografía unificada de la naturaleza. La elaboración del diorama comenzaba por la experiencia personal distintiva de encuentro con el animal, en su lugar de vida y muerte. La empresa científica requería el sacrificio del ejemplar, que era seleccionado en virtud de su tipo perfecto (adulto, macho, con rasgos específicos de porte y pelaje). Asimismo exigió el desarrollo de la técnica de la taxidermia y un arte de la memoria que resultaría central para la labor científica.

El diorama mamífero grababa una imagen de familia nuclear en la que la división sexual del trabajo aparecía como natural –como lo propio de la naturaleza– y la constituía como insignia del organicismo fundamental que regía estas producciones, para las cuales el realismo era su estética coherente. Una vez montado en el museo, el diorama permitía al visitante establecer una comunión con la escena originaria. Escena que remontaba al primer acercamiento, cara a cara con el animal, y que era vuelto a presentarse, con la literalidad de la taxidermia, en una imagen suprema y emblemática de la naturaleza. La fotografía será otra de las tecnologías predilectas en la caza, la preservación y la exhibición del ejemplar natural que progresivamente irá reemplazando a la taxidermia, indicando transiciones en las economías de la imagen. La historia de Akeley y la historia del Museo se entrelazan en esa misión a través del *Salón Africano*, emprendimiento que llevó décadas y que puede servir para comprender las poderosas conexiones que se establecieron entre el imperialismo norteamericano, las narrativas eugenésicas frente a la decadencia, el Jardín del Edén y los animales tapizados como su epifanía.

En la tercera sección, “Contando historias”, Haraway se pregunta qué historias aparecen y desaparecen en la configuración de la biografía de la naturaleza en el Museo Americano de Historia Natural. Particularmente se detiene en los sucesos de la caza del elefante que decora el centro del *Salón Africano* que, junto con el gorila, comparten el podio de trofeos mayores. A partir de la comparación de fuentes, analiza las narraciones disponibles y también las economías editoriales, de escritura autorizada y de autoría no reconocida en la producción de la historia unificada. Haraway trabaja con la biografía oficial de Akeley, con la escrita por la segunda esposa, Mary L. Jobe, y con la de la primera, Delia Akeley, quien fue eliminada del relato canónico no sólo por el divorcio: el texto de Delia, aunque discreto, mostraba a su marido usualmente enfermo e inválido, a ella cazando para mantener al campamento y las dificultades de la vida en África. En suma, la gestión constante que ella realizaba era necesaria para el safari, cuestión que pone de

manifiesto las mediaciones concretas que requería aquella búsqueda de masculinidad y verdad de la naturaleza en terreno africano. Haraway investiga el archivo fotográfico del Museo y descubre que el elefante fue cazado por Delia. De esa forma, la historia de la virilidad blanca en África no supone una única versión: “con Delia, la historia está cerca de la parodia; con Carl, está cerca de la epifanía” (p. 122). Los nativos africanos también fueron fundamentales en el organismo social que era el safari, interpretando su rol en el guión, pero fueron desprovistos de toda autoría. A la vez indomables y obedientes (como la selva), constituían la evidencia para la recuperación viril mediante la caza, pero tenían prohibido disparar con un hombre blanco presente. Su rol no era amenazar, sino favorecer la masculinidad del cazador padre, por lo que siempre permanecían anónimos, siempre “muchachos”.

En la última sección, “El Museo Americano de Historia Natural y la construcción social del conocimiento científico: la institución”, se analizan las actividades públicas del Museo, que pueden ser resumidas en exposición, eugenesia y conservación. Haraway intenta revelar las operaciones institucionales en torno a la naturaleza para desmontarla y revelarla en tanto tecnología de praxis social cristalizada. En el diorama hay una condensación de relaciones sociales: los caballeros, los filántropos, los monopolistas, los cazadores y los realizadores de dioramas eran los mismos. Había una necesidad económica de restaurar el orden viril, pero también había una dosis alta de progresismo en las propuestas. Los padres cazadores de los safaris, entre quienes se encontraba el propio Roosevelt, fueron los padres fundadores de los Parques Nacionales americanos y africanos. El libro tiene la eficacia de señalar que frente a la decadencia –enfermedad por excelencia de la cultura imperialista blanca de principios de siglo– la eugenesia y la conservación nacieron juntas.

*María Julieta Silva Massacese*

**Gabriela Larralde, *Los mundos posibles: Un estudio de la literatura LGBTTTI para niñas*, Buenos Aires, Título, 2014, 134 pp.**

En Julio de 2010, después de una ardua lucha política, Argentina sanciona la ley 26.618 o Ley de Matrimonio Igualitario. En esta misma línea, se sanciona en el año 2012 una de las leyes más vanguardistas e inclusivas del mundo, la ley 26.743 o Ley de Identidad de Género. Esta última es considerada una de las leyes más revolucionarias de América Latina en materia de Derechos Humanos, y garantiza el reconocimiento de la identidad de género de todas las personas, así como también el libre desarrollo conforme a su identidad. En este contexto de transformaciones sociales y culturales